

CAPITULO XVI.

Donde Caifás oye algunas verdades amargas.

Todo se hallaba dispuesto ya. El malvado Anás creía haber puesto la cuestion en el verdadero terreno, y por tanto no dudaba ya de que la preparacion de sus testigos obtendria un éxito tanto mas lisonjero, cuanto mas humillante fuera el anterior para el rabioso Onkelos.

La cuestion despues de todo era de supremacía, de imperio, de mando, de triunfo, de humillacion, en una palabra, para las escuelas hebráicas que no pertenecian á la sacerdotal. En aquella empresa del infierno, llevada á cabo por los hombres, no podian faltar las mas viles pasiones, los mas repugnantes y asquerosos procedimientos. Obra y detalles eran dignos de Satanás.

El viejo pontífice saboreaba anticipadamente el éxito de su plan, y no se preocupaba por nada ya. Todo lo tenia en sus manos, y su triunfo debia en su concepto ser completo. Para asegurarle, sin embargo, antes de entrar de nuevo en la sala donde el Cristo se hallaba sumido en dolorosas consideraciones, y en no menos agudos dolores corporales, dijo al sumo sacerdote:

— Caifás, aun cuando tengo por seguro que mi plan ha de obtener un lisonjero resultado, no obstante es preciso que por nuestra parte lo aseguremos mas y mas. De consiguiente se hace necesario imponer nuestra voluntad á

Gamaliel, que á mi parecer divaga y fluctúa. Si el Nasi se empeñara en cumplir con lo que él llama su deber, no seria extraño que corriésemos la vergüenza que ha humillado tanto á Onkelos.

— ¡Por fortuna! — musitó Caifás, no tratando de ocultar su alegría por la derrota del fariseo.

— Fortuna que se convertiría en contra nuestra, si Gamaliel se empeñara en ciertas temeridades, que podrian costarle caras, es verdad, pero que minarian poderosamente el ascendiente que hemos tenido esta noche sobre las demás escuelas. No hay duda que la humillacion de Onkelos es providencial; no hay duda que si nosotros sabemos aprovecharla nos será de grandes resultados, pero por eso mismo debemos obrar con mucha prudencia, y de consiguiente no podemos olvidarnos de que Onkelos es amigo íntimo del Nasi, y de que además el fariseo es discípulo del padre de Gamaliel, lo que naturalmente debe inclinarse mas y mas en favor de Onkelos, y por consiguiente en contra nuestra. La cuestion llevada al terreno en que se halla es ya de primacía, es de dominio absoluto, es una batalla en la cual podemos desembarazarnos de dos enemigos formidables; el uno es el Nazareno, el otro es la orgullosa secta farisáica.

— Teneis razon, y comprendo que es necesario intimidar á Gamaliel, para que se sujete bajo nuestro dominio, como si fuera un dócil cordero.

— Las armas no te faltan, hijo mio... — díjole Anás misteriosamente.

— Os entiendo... — contestóle Caifás con una sonrisa de inteligencia. — Y decídme, padre, — añadió, — ¿debe impedirse á Nicodemus que pregunte?

— No; el caso es conseguir una victoria sobre Onkelos,

planteando la lucha en el mismo terreno y con los mismos medios de defensa.

— Entonces Ananías y Achazías se retirarán, puesto que una de sus condiciones, es la de que se evite á todo trance el ser preguntados por ese miserable de Nicodemus, á quien vea morir con mas dolores y tormentos que Job.

— No podemos evitar que Nicodemus pregunte, pero debe evitarse que las consecuencias que saque lleguen al extremo de confundir á los testigos. Es preciso que Gamaliel esté dispuesto á obrar como te indico.

— Lo estará ó yo podré poco. Vos mientras tanto advertid á Ananías y á su compañero de vuestra resolusion, y dadles de nuevo todas las seguridades que puedan apetecer.

— Sí, será preciso.

— ¿Teneis algo mas que mandarme?

— No; pero díle á Gamaliel que abra de nuevo la sesion.

Caifás entró en la sala donde el tribunal se constituyera, puso una mirada de ira en el grupo que formaban Jesucristo, Nicodemus y José de Arimatea, y no pudiendo contener su despecho dijo con bronco acento:

— ¿De cuándo acá los jueces de Israel proceden así con los criminales?

— Desde que se maltrata por los jueces de Israel á los inocentes, como nunca se ha maltratado á los criminales; desde que los jueces de Israel, olvidándose de las mas insignificantes nociones de la ley y de la humanidad, proceden como no procederian los verdugos de las naciones mas bárbaras; — replicóle Nicodemus mirándole de frente, con voz entera y entonacion enérgica.

— ¿Es eso un desafio, Nicodemus? — preguntóle con fingida pausa y sonriendo el irritado pontífice.

— No desaffo á nadié; desiendo á un inocente, desiendo el honor mancillado del Sanhedrin y de sus mismos jueces; desiendo la justicia y el decoro de mi nacion, y por eso, sin parar mientes en las amenazas mas ó menos embozadas, digo la verdad, toda la verdad.

— Fiero estais, Nicodemus.

Este hizo un gesto de soberano desprecio que aumentó el enojo de Caifás, y no se dignó contestarle ni una palabra. Mientras tanto el pontífice se colocaba al lado de Gamaliel, y se disponia á hablarle al oido.

El Nasi estaba pensativo y anonadado: diríase que se hallaba fieramente combatido por los remordimientos, cuando la palabra de Caifás, produciéndole un estremecimiento, vino á sacarle de su absorcion profunda.

— ¿Qué quereis de mí? — preguntó al pontífice con entonacion, por la cual bien á las claras dábase á entender el desprecio que le causaba Caifás, y el aburrimiento de la vida que sentia.

El yerno de Anás hizo como que no habia notado lo que la entonacion de Gamaliel significabá, aun cuando frunció las cejas al percibirla; así es que marchando directamente á la idea que le animaba, habló al Nasi de esta manera:

— Cuando querais podeis abrir de nuevo la sesion.

— ¡Ah! ¿ya habeis tramado el plan que debe conducir un inocente á la ignominiosa muerte?

Gamaliel hablaba con pausa, con tono sarcástico y punzante, y como quien estando fastidiado de la vida, pero temiendo á sus enemigos, dice á estos algunas verdades, sin que por eso quiera emanciparse del yugo opresor que le tiraniza.

La pregunta de Gamaliel alarmó grandemente á Caifás, que creyó ver ya por tierra y destrozada, y reducida á la

nada su venganza. Así es que preguntó con entonación extraña:

— ¡Ah! ¿Os declarais por fin partidario del Nazareno, Nasi de Israel?

— El Nasi de Israel declara que se quiere asesinar á un inocente; el Nasi de Israel declara que se quiere hacer subir al infame patíbulo, á un hombre de una reputación y de una conducta inmaculadas; el Nasi de Israel declara que un juez llamado Caifás, está resuelto á quitar la vida y la honra á un hombre, que no tiene otro delito, sino el de haber dicho al juez llamado Caifás unas cuantas verdades merecidas sobremanera. Hé ahí lo que el Nasi de Israel ha querido decir; ni mas ni menos: — continuó Gamaliel con la misma entonación que anteriormente.

Caifás no se pudo reprimir por mas tiempo. Las palabras del Nasi acababan de herirle de tal manera en la mitad del corazón, que no pudiendo sostener por mas tiempo la máscara vil de la hipocresía, con los ojos chispeando, el rostro amaratado por la rabia, y las manos crispadas dijo:

— Ese hombre, que el Nasi de Israel dice que es inocente, morirá en un infame patíbulo por haber dedicado al juez que se llama Caifás unas cuantas verdades, como decís. Y entendedlo bien; *ese hombre* morirá en un infame patíbulo porque yo quiero que sea así. Guardaos de pretender impedirlo, porque es fácil que no se halle muy distante de aquí el puñal que ha de buscar vuestro corazón, apenas salgais de mi casa.

— ¡Ah! — dijo sonriendo de un modo desgarrador el cobarde Gamaliel, — ¿es decir que tengo el honor de hablar con un vil asesino, con un criminal miserable, para quien conviene admirablemente el infamante patíbulo que destináis al justo?... Ya pensaba yo que erais vos lo que

sois, pero nunca os supusiera tan vil y cínico, para pensar que tendríais un día la desvergüenza de enseñarme vuestro verdadero rostro. Bien, Caifás, bien; el puñal del asesino mata á la víctima, pero deshonra al que lo maneja; el voto injusto de un juez hace un mártir, y hace al juez infame objeto de la execración universal.

— ¿Qué quereis decir?

— Simplemente lo que he dicho; mas ya que deseais que os recree los oídos explicándoos lo que habeis entendido, lo haré para daros gusto, diciándoos que vuestro puesto se halla en las cavernas de la Galilea, donde se albergan las gentes de vuestra calaña. Allí y no en el Santuario os hallaríais magníficamente.

— ¡Gamaliel! — guturó Caifás cogiendo con fuerza nerviosa la mano del Nasi.

— Solo os falta ya que añadais el atropello de un viejo á vuestros crímenes, para completar la semblanza de un bandido.

Aquello era demasiado para que lo sufriera Caifás; así es que rechinando los dientes y sacudiendo el brazo de Gamaliel, sin cuidarse de que muchos presenciaban aquel acto brutal, murmuró:

— ¡Moriréis! ¡Oh; sí, moriréis!... Un puñal buscará vuestro corazón, para vengar los insultos que de dirigirme acabais...

Acordándose entonces del encargo que Anás le hiciera, procuró reprimirse; pensó que lo mas importante era por de pronto vengarse de Jesucristo, y por efecto de estos pensamientos, haciendo una transición repentina dijo:

— Sí; moriréis asesinado esta noche misma, si no os pres-tais á dirigir los debates y la causa del Nazareno por la senda que yo os indicaré. En tal caso, perdono vuestras injurias.

— ¿Es decir, que para salvar mi vida, he de convertirme en principal instrumento de la muerte afrentosa de Jesús?

— Así es.

— Pues bien; ya que he empezado terminaré.

Gamaliel hizo un grande esfuerzo para proferir sus últimas palabras, y exhalando un dolorido suspiro, dejó caer la cabeza sobre el fatigado pecho, mientras murmuraba:

— ¡Oh! desventurado el que da el primer paso en la senda del crimen. Cuánto mas me valiera morir mártir de la justicia, que sucumbir miserablemente bajo tantas exigencias! Gamaliel, tu conciencia será tu mayor castigo; tú vivirás y la sangre del justo y la memoria de tu horrible iniquidad, pesarán eternamente sobre tu conciencia. ¡Ay! maldita sea mi vida, pues tanto apego la he tenido, que he preferido vivir criminal, antes que morir por la causa de la justicia.

Gamaliel volvía de nuevo á su postracion. Caifás, que no pensaba perdonarle las verdades que de sus labios acababa de oír; Caifás, que encerrara en su pecho los propósitos de su venganza, solo para que cesara de levantarse una tempestad imprevista que podía libertar á Jesús; Caifás, bajo el influjo de tales sentimientos, dijo al Nasi con bastante dureza y entonacion imperativa:

— ¿Qué hacemos? La noche pasa con rapidez, y al salir el sol, el Nazareno sentenciado á muerte debe hallarse en poder de Pilatos.

Gamaliel sonrió con desesperacion viendo el despotismo brutal con que Caifás se le imponía.

Pocos momentos trascurridos la sesion tornaba á reanudarse, y era introducido el primer testigo falso de los preparados por el maldito Anás.

CAPITULO XVII.

Los testigos de Anás.

La ansiedad era general. Escribas y sacerdotes tenían el presentimiento de que la lucha moral que iba á empeñarse era para sus respectivas sectas de vida ó muerte, era lo mismo que señorío ó dependencia.

Solo los mas necios de uno y otro bando estaban ó tranquilos ó despechados. Los demás eran presa de la agitacion mas grande. Los fariseos hubieran deseado que Anás quedara vencido y humillado, tanto para restablecer la reputacion de Onkelos, como para humillar al colegio sacerdotal, ya de suyo tan orgulloso, tan altivo, tan avasallador, tan déspota é invasor. Así las cosas, el fiel y valiente Nicodemus merecía en cierta manera las simpatías de la escuela farisáica, y todos deseaban grandemente que humillara al viejo pontífice, como los sacerdotes se complacían poco antes en que humillara á Onkelos.

La clase sacerdotal, por el contrario, deseaba ardientemente el triunfo de su viejo caudillo, tanto, para inferir una nueva humillacion á los fariseos, cuanto para que por medio del triunfo de Anás, quedara mas sólidamente basado el predominio teocrático, por medio de la demostracion práctica de que los mas célebres hombres de la escuela hillelista, no podían competir con el jefe de los sadduceos, que era á la vez el que guiaba á la lucha la numerosa

y audaz clase sacerdotal, apellidada *ídolo de oro y plata*, por el pueblo que acostumbra á tener un admirable acierto en los calificativos que en determinadas circunstancias aplica. Para los sadduceos, pues, y particularmente para los pontífices, Nicodemus era una sombra espantosa, que á la vez les hacia temblar y les provocaba el enojo, y aun cuando ya tenian por cierto que Anás debía haber tomado sus medidas tocante al particular, esto sin embargo todos hubieran deseado que Nicodemus no hablara, ó mejor que en un momento la lengua quedase pegada al paladar del valiente defensor de Jesucristo.

Á pesar de todo, y no obstante los deseos que los fariseos tenian de que Nicodemus triunfara de Anás, desbaratando completamente los planes del viejo y malvado pontífice, los fariseos no por eso intentaban perdonar á Jesucristo, y se hallaban dispuestos tal vez á asesinarle allí mismo para librarse del Señor, en el caso que resultara cosa imposible el condenarle jurídicamente á muerte.

Así el estado de los ánimos, y movidos por tan rencorosas pasiones, no se estrañará que al abrirse de nuevo la sesion, todos los que asistian á ella se hallaran gravísimamente escitados.

Al aparecer en el salon el primer testigo, la ansiedad era general y unánime, y una atencion pocas veces vista de muchos años acá en el Sanhedrin, absorbía los espíritus de los jueces criminales, que se congregaran en aquella sala.

El silencio era tan absoluto, que solo se oia la respiracion fatigada del Redentor del mundo, sentado en mitad del salon, y hecho presa de los dolores mas vivos, mas intensos, mas atroces que hayan nunca afligido el cuerpo de hombre alguno nacido de mujer.

Y Jesucristo, con un amor verdaderamente divino, ofre-

cia aquellos dolores al Eterno, como precio de la redencion humana, y rogaba fervientemente á su Padre celestial por los desgraciados que se congregaran allí, para sentenciar á la muerte del patíbulo mas cruel é infamante, al que ofrecia la vida para que se salvaran sus mismos enemigos, sus implacables verdugos.

En esta circunstancia, y cuando el silencio era mas absoluto, Gamaliel dirigió al testigo acusador la exhortacion legal para que dijera la verdad; tomóle el juramento debido; hizo que identificara la adorable Persona del Salvador, y cuando hubo dado cima á todas estas formalidades, empezó de esta manera su interrogatorio:

— ¿Qué teneis, pues, que decir contra el acusado?

— Que profana sin rebozo el adorable nombre de Dios.

El testigo era uno de los presentados por Eleazar, y tenia todo el descaró, toda la necia petulancia, todo el cinismo del que le presentara. Así es que contestó con tanta despreocupacion, que mas que á un juez, parecia contestar á un importuno de su calaña que le molestara con sus impertinencias.

El descaró del testigo falso, no obstante, era motivado por los imprudentes consejos del hijo de Anás, puesto que no solo se lo habia aconsejado, sino que despues de asegurarle la impunidad, habíale prometido los aplausos de los que él llamaba *los buenos del Sanhedrin*.

La manera como contestó el testigo acusador á la primera pregunta, produjo malísimo efecto en todos, particularmente en Anás, porque aquello podia desacreditarle mucho.

Gamaliel prosiguió preguntando:

— Decís que el acusado profana el santo nombre del Señor, y para probar vuestra grave aseveracion, supongo que tendréis pruebas irrecusables. Alegadlas pues.

— Llama al Dios Altísimo su Padre, y es consiguiente que quien llama Padre á Dios, se hace hijo de Dios.

Un murmullo de aprobacion entre los sacerdotes, que comentaban la respuesta del testigo como si fuera aquel comento una consigna; y otro murmullo de burla, acompañado de sonrisas sarcásticas entre los partidarios de Onkelos, sucedió á la contestacion del testigo.

Sin disputa alguna la contestacion del testigo hubiérase podido tomar por una inocentada, si no trajese consecuencias tan funestas, si no tuviera la intencion de un sofisma malvado y criminal.

— ¿Habeis oido vos alguna vez como se llamaba hijo de Dios?

— Yo he oido muchas veces que hablaba de Dios el Altísimo, llamándole Padre con la libertad que un niño habla del suyo. Y ya sabeis que en Israel, señores, el ponerse en boca el santo nombre de Dios, y el tratar al Criador con demasiada familiaridad es profanarle.

— Esto, sin embargo, no es suficiente motivo para formular una acusacion como la que habeis formulado. Habeis dicho que profana el nombre santo del Altísimo, haciéndose y publicándose por hijo suyo, y os ruego que os atengais á la cuestion capital.

— ¿Quereis que alegue pruebas mas evidentes de que profana el nombre santo?

— Es lo único que deseo.

— Pues bien; queda sentado que se proclama hijo de Dios, porque llama Padre al Altísimo. Considerad su vida de embaucador, de sedicioso, de transgresor de la ley, de profanador de las fiestas, de amigo de los pecadores y publicanos, considerad todo eso que es notorio en el acusado, y despues decidme si profana ó no el nombre del Altísimo,

un criminal, un pecador tan grande, que se llama despues de esto todo, hijo de Dios. De sus palabras se deduce que el hijo de Dios es el fautor del crimen, y como predica que Dios le protege y ampara con la ternura del padre con el hijo, viene á indicar que el Altísimo es el protector de los crímenes del que se predica su hijo. ¿No es esto una horrenda blasfemia, y una espantosa profanacion del nombre del Señor, blasfemia y profanacion que merecen la muerte mas ignominiosa?

— No teneis derecho alguno á hacer comentarios, y mucho menos á dirigir preguntas al tribunal. Recordad que aquí solo nosotros tenemos derecho á preguntar, y vos solo teneis el deber de contestarnos. Os ruego que no olvideis que sois un testigo, y que os hallais delante del tribunal de Israel.

— Se me pregunta, y yo contesto; se me exige que diga lo que sé, y cumplo con mi deber haciéndolo de la mejor manera que sé, — replicó audaz y atrevidamente el testigo á la observacion de Gamaliel.

— No teneis ningun derecho para entablar una polémica con el Nasi de Israel. Aquí yo represento la ley, y me hallo dispuesto á hacer que la acateis en todas sus partes. Decid pues lo que sepais acerca de la acusacion que habeis presentado.

— Lo he dicho todo, — respondió el testigo con desprecio, bien así como quien está seguro que ningun daño puede resultarle de sus audaces contestaciones.

En esta circunstancia Nicodemus preguntó al testigo falso:

— ¿Qué nombre dais vos á la persona de quien recibisteis el ser?

— El de padre.

— Y como todas las criaturas hemos recibido el ser del

Altísimo, cuando Jesús de Nazareth llama Padre á Dios, léjos de profanar el santo nombre del Señor, le rinde el humilde tributo de su amor filial. ¿Cómo, pues, habeis tenido valor para formular un capítulo de acusacion contra Jesús de Nazareth de una cosa tan clara y natural?

El testigo se inmutó, y un murmullo estendióse por todos los ángulos de la habitacion, murmullo que apagó la voz de Nicodemus. Este murmullo era producido por los despechados sacerdotes, que no querian que su santo compañero prosiguiera preguntando, y por los alborozados fariseos, que veian derrotado Anás en la persona de su primer testigo, por el defensor nobilísimo de Cristo.

Nicodemus, viendo la manera como era interrumpido, dirigióse con voz robusta al Nasi para que haciendo enmudecer á los alborotadores, le mantuviera en su derecho, pero Caifás dijo con tono altanero á Gamaliel, aunque con acento bastante bajo, para que no llegase á oido de los jueces:

— Nicodemus ya ha preguntado bastante.

El presidente encogióse de hombros, é iba á dar las órdenes oportunas para que el testigo dejara el salon, cuando el falso acusador de Jesucristo dominando los murmullos con voz fuerte y entonacion altanera, dirigiéndose á Nicodemus, habló así:

— Siento que no hayais entendido mi declaracion. Yo no he querido decir que el acusado profanaba el santo nombre del Altísimo llamándose Hijo de Dios, sino que lo hacia al llamarse Hijo de Dios en el acto mismo de cometer los delitos de alternar con los pecadores, de profanar las fiestas, de burlarse de la ley, y en una palabra, de apellidarse hijo del Eterno, mientras que se hacia fautor del crimen. Esto es lo que he dicho, y esto es lo que deseo entendais que he querido decir.

— Por de pronto os diré, aunque sea permitiéndoos vuestra estralimitacion, que aun cuando Jesús de Nazareth hubiese perpetrado los crímenes de que le acusais (perpetracion que desde luego os niego, y sobre la cual me reservo el derecho de preguntaros), aunque, repito, hubiese Jesús perpetrado los crímenes que decís, en el acto de llamarse hijo de Dios, no profanaba el santo nombre del Señor, puesto que proclamaba una grande é innegable verdad. Pues ¡qué! los pecadores y los justos ¿no son acaso hijos de Dios? Y si lo son, ¿no tienen por ventura la libertad y el derecho de proclamarse por tales? Y si tienen ese derecho, ¿cómo os atreveis á negarlo, y no solo á negarlo, sino á acusar de profanador del santo nombre del Altísimo, á un Ser justo que llama Padre suyo al Criador de todas las cosas?

— Es que Jesús quiere decir... — balbuceó el testigo del todo confundido por las razones de Nicodemus.

Este no le dejó terminar al testigo, en lo que le hizo un señalado obsequio, puesto que el acusador no sabia cómo acabar la frase comenzada. Nicodemus interrumpiéndole le dijo con severidad:

— ¿Y qué testigo háse visto nunca en Israel, que pretenda hacer motivo de acusacion, no lo que el acusado ha hecho, sino lo que pensaba á sus solas? ¿Quién sois vos para leer lo que piensa otro hombre, y qué tribunal puede admitir vuestras acusaciones gratuitas é inadmisibles, acusaciones que si hablan en contra de nadie, si condenan á nadie es solo al que las presenta, puesto que á falta de hechos, recurre á los pensamientos ocultos que el acusado pudo tener?

Cada una de las palabras de Nicodemus era como una mole de piedra, que pesaba sobre el falso testigo aterrán-

dole manifestamente. Onkelos y los de su escuela se hallaban dispuestos hasta á perdonar al defensor de Cristo, en vista de la humillacion que hacia sufrir al viejo sacerdote, en la persona del testigo instruido por él.

Anás estaba frenético; la cólera encendia su rostro, dándole las tintas de la amapola, y miraba á su yerno con un despecho de todo punto indescriptible. Aquella mirada significaba:

— ¿Qué haces ahí, que no vienes en mi auxilio?

Por su parte Gamaliel estaba complacido grandemente. El espectáculo de la humillacion de Anás y de su escuela, tenia para el Nasi un interés tan crecido, que por nada del mundo hubiera querido perder un detalle de aquella escena tan sabrosa y regalada para él.

Caifás, viendo al testigo confundido, á su suegro irritado, á los fariseos llenos de júbilo, y á Nicodemus dispuesto á continuar sus preguntas acerca de los crímenes con que el falso testigo pretendiera confirmar su infame delacion; Caifás, frenético y lleno de encono por la calma de Gamaliel, pególe un tiron en la manga de la túnica, y con desentonada voz dijo imperativamente:

— Basta. ¿Hemos de estar ahí toda la noche sufriendo las eternas impertinencias de ese dichoso Nicodemus? Que se retire el testigo; el tribunal ya sabe á qué atenerse en lo que toca á sus exactas deposiciones.

Gamaliel sonrió levisísimamente con una sonrisa llena de desprecio, y haciendo un signo al conserge, este condujo el testigo fuera del salon, al mismo tiempo que introducía el que debía confirmar con una idéntica deposicion, lo mismo en que fuera confundido el que acababa de salir.

Y el nuevo falso testigo obtuvo el mismo éxito que el que le precediera, con todo lo cual Anás y los suyos esta-

ban fuera de sí por la rabia; los fariseos embriagados por el placer de la venganza, y Nicodemus empezaba á esperar, que merced á la escision que se proyectaba allí, el divino Jesús saldría libre tal vez de las garras de los enemigos que deseaban su muerte y su infamia.

Aquello era verdaderamente un inmundo hervidero de pasiones, un muladar de espíritus corrompidos, los cuales en forma de gusanos, se devoraban los unos á los otros para ser á su vez devorados por los mismos objetos que acababan de tragarse; en una palabra, aquello era un cuadro del infierno, representado á perfeccion por seres que no tenian de humano mas que la forma.

Las acusaciones del segundo testigo falso se vieron reducidas á la impotencia con solo una pregunta de Nicodemus, y al observar este resultado, fue tan grande el alboroto que en el salon se promovió por el humillado orgullo de los sacerdotes, que la casa al parecer iba á hundirse, y las voces que de ella salian, formando una sola, parecian de léjos el bramido de la mar, ó el sordo y aterrador ruido que produce una nube cargada de granizo que se ve empujada á la vez por el huracan, y rasgada cien veces por el rayo, y otras cien agitada por las roncás amenazas del espantoso trueno.

Entonces creciendo de punto el furor y el frenesí de Caifás, dijo á Gamaliel:

— Es preciso que Nicodemus hable poco, ó que vos dejéis de existir al trasponer los umbrales de esta casa.

El acento del pontífice era el de la resolucion. Gamaliel temió caer víctima de la daga de un sicario y se estremeció. Caifás parecia resuelto á todo, y el Nasi creyó prudente, para salvar su vida amenazada, condescender á todos los caprichos, prestarse á todas las evoluciones de la pa-

sion malvada que dominaba al maldito pontífice. En una palabra, Gamaliel aterrorado, convirtiéndose en lazarillo de Caifás que le amenazaba. De esta manera y obrando bajo semejante presión, creía en ella hallar una razonable excusa á su incalificable debilidad, mientras que no hacia mas que aumentar, obrando así, las proporciones de su crimen. Gamaliel sabia que el juez debe hallarse pronto á morir antes que autorizar una injusticia, antes que arrojar el inocente al patíbulo deshonoroso, y marcar con el sambenito del oprobio y de la deshonra la memoria de un hombre justo.

Un nuevo testigo penetró en la sala. Era uno de los que Alejandro, obedeciendo á las exigencias de Anás, habia conducido allí. Al verle aparecer en escena, el secretario temblaba.

No transcribiremos palabra por palabra el interrogatorio del nuevo testigo y de su compañero de hazañas, porque presumimos que estos interrogatorios, aun cuando son puntos capitales de la presente obra, han de hacerse pesados para algunos de nuestros lectores. Mas como no podemos escusarnos de hablar de esta nueva acusacion, la resumiremos en pocas palabras, diciendo que los acusadores acompañados por Alejandro, é instruidos por el viejo y malvado sacerdote, depusieron en contra del divino Salvador, diciendo que era reo de las penas marcadas en los capítulos décimotercero y décimoctavo del Deuteronomio. Cuando fueron preguntados por el Nasi en qué basaban su acusacion, declararon que el Señor predicaba un Dios desconocido á los hebreos, y por mas que al parecer acreditara sus predicaciones por medio de aparentes milagros, esto sin embargo hallándose previsto en los indicados capítulos, léjos de ser un motivo de defensa para el acusa-

do, venia á confirmar la acusacion en todas sus partes, y á hacer mas necesaria la ejecucion del castigo.

Con gran facilidad hubiera podido Gamaliel convencer de error al testigo, pero como se hallaba bajo la tirana presión de Caifás, quien estaba decidido á que los testigos no pusieran en ridículo á su malvado suegro, dióse el Nasi por satisfecho con la declaracion del falso acusador. En esta circunstancia los fariseos tuvieron tentaciones de interrogar al testigo, para poner en evidencia á Anás, pero reprimieron su deseo, ante la consideracion de que sus preguntas resultarian ser, en último término, una defensa de Jesucristo. Ante la expectativa de este resultado determinaron callar, contentándose con sonreír despreciativamente. Aquella sonrisa, que no ocultaban á los sacerdotes, y mucho menos al viejo pontífice, significaba:

— Comprended el sacrificio que hacemos, no arrojándoos al rostro, como podemos, la misma humillacion, que por unos momentos habeis creido poder arrojarnos al nuestro.

Anás lo comprendió así, y revolviéndose con impaciencia en su asiento, maldijo mil veces á Jesucristo, que era inocente causa de su vergüenza, y hubiera querido poder aniquilar á los fariseos sus enemigos con una sola mirada.

En esta circunstancia desfavorable, Nicodemos dispúsose á preguntar, mientras que Caifás recordaba sus amenazas al cobarde Gamaliel, si por acaso el defensor de Cristo llegaba con sus preguntas á confundir al testigo. Dios sin duda inspiraba al santo sacerdote, porque comprendiendo este la disposicion en que sus compañeros se hallaban, á fin de no dejarle hablar, pidió al Altísimo las luces necesarias para confundir al falso acusador á la segunda pregunta, para que así los malvados que deseaban condenar

á Jesús, no tuviesen excusa ni delante de Dios, ni delante de los hombres.

El Eterno oyó bondadoso la súplica ferviente de Nicodemus, y atendiéndola favorablemente, quiso que el defensor de Cristo confundiese de tal manera al testigo falso, que no sucediera cosa semejante aun á todos los que preguntara y abatiera hasta entonces. Y lo particular es que lo hizo con tanta prisa, tan inopinadamente, que ni sacerdotes ni fariseos lo esperaban, y viendo el efecto producido, unos y otros mirábanse con asombro, sin saber qué pensar, ni qué decir de aquello.

— Habia formado un concepto erróneo de Nicodemus, — musitó Onkelos mirándole lleno de asombro.

— Beelcebub le inspira; de otra manera es imposible que en cuatro palabras me deje tan corrido y lleno de vergüenza!... — dijo Anás sin saber cómo salir del aturdimiento y de la sorpresa, en que la pregunta de Nicodemus y la evidente confusion del testigo le dejaron.

— ¡Maldito sea!... ¡Oh! ¡daria diez años de mi vida al que me anunciase que ese Nicodemus morirá estrangulado por sus mismos hijos!...

Mientras esto decia desesperadamente Caifás, y Gamaliel daba orden para que se introdujera un nuevo testigo, todo el salon se hallaba alborotado. Nicodemus habia llegado á ser un enemigo terrible, y todos, hasta los mas pagados de sí mismos, temian entablar con él una polémica; temian levantar su voz en contra del Cristo, porque todos temian á la par verse avergonzados con una derrota.

En nuestros tiempos no se comprenderá tal vez la impresion con que aquellos malvados jueces miraban una derrota, pero á pesar de todo no es muy difícil formarse de ello una idea aproximada, toda vez que para juzgar tene-

mos los datos de las mil fracciones en que se dividian y subdividian los miembros del tribunal hebreo, y de las ambiciones que germinaban en el corazon de cada uno de los jueces, como tambien de su estremada susceptibilidad, susceptibilidad hija de la ambicion y de lo pagados que se hallaban de sí mismos aquellos miserables.

Esto fue motivo suficiente para que Ananías y Achazías tornaran de nuevo á reincidir en sus anteriores repugnancias. Verdad es que gozaban mas crédito de audaces y poco aprensivos, que de sábios y de personajes importantes, pero esto no lo tomaban en cuenta los dos malvados, y temiendo perder en un instante una reputacion que nunca habian tenido, empezaron á vacilar.

— ¿Qué hacemos? — dijo Ananías á su compañero.

— Anás ha faltado á la palabra que nos habia empeñado, de que se cortarian las alas á Nicodemus, y de consiguiente no quiero esponerme á sufrir la vergüenza porque han pasado todos los testigos. Una cosa es ser un cualquiera, como los que han presentado sus deposiciones hasta ahora, y otra cosa es ser un juez del Sanhedrin, — contestóle Achazías dándose aires de importancia.

— Sin embargo, si de nuestra declaracion resultase condenado el Nazareno, mucha gloria nos conquistaríamos, y nadie podria quitarnos el puesto que por ello seria preciso que nos acordasen.

— Y si sucede todo al revés como es probable, entonces no solo dejamos de conquistar gloria y escalar elevadas posiciones, sino que nos cubriremos de vergüenza, y con dificultad podremos mantenernos en el lugar que ocupamos.

— Esto es difícil. ¿No ves que todos son cómplices? ¿No ves que solo tenemos dos enemigos, uno de los cuales úni-

camente es de valía? Probemos fortuna, porque nada se ha escrito de gentes meticulosas.

Azachías recibió las palabras de su compañero con algun escrúpulo, mas por fin su ambicion llegó á vencer todas las repugnancias que demostraba, y se resolvió á no dar un feo al viejo pontífice, mitad tigre y mitad zorro, y en cuyas manos se hallaba el monopolio de los altos puestos de la nacion.

Esta pequeña conversacion se tuvo en voz baja por los malvados apéndices de Anás, mientras que el ugier participaba al Nasi que no habia mas testigos que introducir.

En vista del resultado obtenido hasta allí, los jueces iníquos se miraron unos á otros, como preguntándose qué era lo que en aquel lance debian hacer, puesto que Jesucristo resultaba inocente de todas las deposiciones formuladas contra él hasta aquel momento.

Anás y Caifás devoraban con los ojos á Achazías y á su compañero, cual si les dijeran por qué tardaban tanto en levantarse. Estas miradas consiguieron que los dos malvados abandonaran sus puestos, y adelantándose algunos pasos hácia la presidencia, uno de ellos dijo al Nasi:

— Puesto que los testigos faltan, y no pudiendo permitir que el criminal quede impune, nosotros jueces de Israel, nos levantamos para sostener su criminalidad, y para acusarle ante el Sanhedrin.

Un silencio general fue sustituido á estas palabras. Hasta entonces no se habia visto nunca que un juez de la nacion se levantara, para acusar al que debia ser objeto de sus fallos. La resolucion de Ananías y Achazías asombró á muchos, que á pesar de todo la miraban con escesiva repugnancia, y alegró á otros, por suponer que su testimonio seria de mas peso en la innoble balanza de la injusticia de los hombres.

Gamaliel, á quien no faltaba por cierto el profundo cono-

cimiento de todos y de cada uno de los jueces del Sanhedrin; Gamaliel, que veia la notable ilegalidad que se iba á cometer admitiendo la deposicion de dos jueces contra un inocente, procuró poner á salvo la honra del Sanhedrin, y valiéndose de sus fueros de presidente, dijo á los nuevos testigos:

— Como el oficio de testigo y el de juez son incompatibles; como no existe precedente en la historia del tribunal hebreo de lo que vosotros vais á verificar, debo haceros presente, que si insistís en presentaros aquí como acusadores, dejaréis de intervenir en esta causa como jueces.

— Creemos ser mas útiles á la nacion acusando al Nazareno que juzgándole. Los testigos faltan y los jueces se hallan en su lugar: dos votos mas ó menos, ¿qué importan, si se tiene la mayoría absoluta del tribunal? — contestó Achazías al Nasi, con serenidad.

— Dejad los juicios anticipados á un lado. Desde este momento no teneis derecho á juzgar, y sí solo á ser juzgado. Hasta el presente no ha resultado aun culpabilidad alguna contra Jesús de Nazareth, y de consiguiente inferís á los jueces de Israel una ofensa que yo tengo el deber de vindicar, cuando asegurais que la mayoría del Sanhedrin está en contra de un israelita contra el que nada malo se ha probado aun. Recordad pues que aquí sois ya tan solo un testigo y no un juez.

Este resto de energía de Gamaliel disgustó tanto á Anás y á su yerno, que este acercándose al Nasi le dijo al oido:

— ¡ Parece que no escarmentais!...

Gamaliel se estremeció al oir estas palabras fuertemente amenazadoras, mientras que Caifás continuaba diciéndole de la misma manera:

— Ananías y Achazías tienen sus fueros, y yo les acojo bajo mi decidida proteccion. De consiguiente procurad que

su fama y su consideracion no padezcan, y no os olvidéis de cortar las alas al miserable Nicodemus. Yo lo quiero, y mi voluntad es para vos cuestion de vida ó de muerte.

Gamaliel puso en Caifás una mirada oblicua, saturada de desprecio y á la vez de ira y despecho; despues haciendo un ligero gesto de resignacion desesperada, hablando con los testigos dijo:

— Puesto que el carácter de jueces os da derecho á consideraciones que los demás testigos no merecen, permitiré que el uno permanezca en el salon mientras se procede al interrogatorio jurídico del otro. De consiguiente, vos, Achazías, podeis volver á vuestro lugar mientras que Ananías va á ser interrogado.

Achazías hizo lo que el Nasi le indicaba, y juzgando que aquel cambio debia ser obra de las palabras que en voz baja dirigiera Caifás á Gamaliel, depuso sus anteriores prevenciones, y se tranquilizó por lo que él llamaba su honra y su fama.

Y dirigiendo entonces el Nasi la palabra al que á un tiempo mismo era falso testigo y juez infcua, le dijo con bastante deferencia:

— ¿Qué acusacion llevais vos, Ananías, contra Jesús de Nazareth?

— Una de las mas graves que puedan hacerse, tanto si la consideramos como delito religioso, como si la miramos bajo el punto de vista nacional.

— Formulad, pues, vuestra acusacion. ¿Qué es lo que ha hecho Jesús de Nazareth? — continuó el presidente.

— Por fortuna no ha hecho nada, porque no le ha sido dable.

— Os ruego que acuseis á Jesús de Nazareth de hechos positivos, y espero que así lo haréis.

— Un propósito hecho en público, y dicho en público, si ese propósito se dirige á trastornarlo todo, me parece que puede considerarse como un hecho criminal, aun cuando por fortuna, no haya podido llevarse á cabo. El bandido á quien se le quita la víctima que amenaza asesinar, es poco menos criminal de lo que sería si hubiese arrebataado la vida á la pobre víctima.

— Hablad pues; ¿cuál es el crimen social y religioso de que acusais á Jesús?

— Ha dicho á la multitud, que fanatizada le rodeaba: *Yo destruiré la fábrica del templo de Dios, levantada por la mano de los hombres, y en tres dias levantaré otro en su lugar que no será obra humana.*

El Sanhedrin hizo como que se horrorizara al oir la acusacion que Ananías hacia dándose mucha importancia, pero lo cierto es que todo aquello era aparente y no real; lo cierto es que el Sanhedrin fingia un espanto, y una sorpresa, y un horror, que ninguno de sus miembros sintiera, y que Ananías mentia como un miserable alterando las palabras y el sentido de las espresiones de Jesucristo. Mas á ellos ¿qué les importaba esto? ¿Acaso se podia acusar al Salvador divino sin mentir del modo mas descarado?

Ananías, viendo el buen efecto que su acusacion acababa de producir, y tomando mas ánimo en vista de él, con voz natural y templada, cual si hablara en familia y espusiera los productos de sus concienzudos estudios, añadió:

— El efecto que produjo la atrevida asercion del acusado, fue un efecto contraproducente á lo que él sin duda esperaba, pues la multitud que le rodeaba, acordándose de que era israelita, y que el templo es la gloria de nuestra nacion, demostró manifiestamente el mal efecto que le

causara la sediciosa aseveracion del Nazareno, y al disgusto de sus oyentes se debe tan solo que el templo no se halle ahora reducido á escombros.

—¿Es todo lo que teneis que deponer?— preguntó el Nasi, siempre con el tono de benevolencia que habia adoptado desde la última amenaza de Caifás.

—Sí; es lo único que tengo que deponer tocante á la acusacion, pero si me fuese permitido, rogaria al Sanhedrin que me permitiese sacar alguna consecuencia de las que resultan de mi deposicion.

—Hablad, pero os ruego que seais tan conciso como podais.

—Procuraré cansar al Sanhedrin lo menos que me sea dable.

Ananías, satisfecho de sí mismo, tomó el aspecto del pavo cuando va á desplegar la brillante rueda de las plumas de su cola, y con grave y pausada entonacion dijo:

—He dicho que aun cuando el crimen no llegó á vias de hecho, no por eso dejaba de ser un crimen imperdonable, un delito que hiere directamente lo que los hebreos queremos mas que á nuestra propia vida, esto es, á nuestra religion y á nuestra nacionalidad. No es necesario que me esfuerce en demostraros la verdad de mis deducciones. ¿Quién duda aquí de que la destruccion del templo es un delito, que se dirige á herir directamente nuestra religion santa en la mitad de su augusto seno? ¿Quién duda aquí que el que pretenda destruir el templo, ataca la existencia del pueblo hebreo, puesto que si se conserva fiel y encariñado con su independencia, es porque el vínculo de la religion anima el sacro fuego de la patria? Por otra parte, el templo es la gloria israelita mas grande, gloria que el mismo Herodes Ascalonita procuró no solo conservarnos,

sino tambien embellecer, engrandecer y adornar, porque sabia que los hebreos lo sufririan todo menos la destruccion y profanacion del templo: si pues el templo es para Israel una gloria tan grande, atentar á ella, atentar á su existencia, es cometer un delito imperdonable de lesa nacion.

Ananías, habiendo pronunciado su última palabra, inclinóse con afectacion, como indicando que habia terminado. Á la verdad; cuanto acababa de decir revelaba al necio presumido que quiere hablar de asuntos que apenas entiende. Y creyendo haber puesto, como vulgarmente se dice, una pica en Flandes, orondo, ufano, provocador, levantó la cabeza, cual si quisiera significar que desafiaba al que quisiera competir con él y arguirle de impostura.

Nicodemus se dispuso á preguntarle, mientras que Anás, Caifás y todos sus adeptos se hallaban prevenidos para promover un motin á la menor palabra del defensor de Cristo, por la cual pudiera deducirse que el malvado acusador iba á verse confundido con toda su satánica petulancia, con toda su orgullosa presuncion.

Y Nicodemus le preguntó:

—Supongo, Ananías, que conoceis la historia del santo templo de Dios.

—Seria un delito imperdonable en un sacerdote del Altísimo. Fue concebido por David; trazado y erigido por Salomon; reconstruido por Zorobabel á la vuelta del cautiverio de Babilonia, y en estos últimos años derruido por Herodes Ascalonita con el consentimiento del pueblo, y reedificado por dicho rey con la suntuosa opulencia con que le admiramos.

—Os agradezco haberme ahorrado el hacer la misma historia que acabais. Ahora bien, decidme: ¿fue reo de

lesa nacion y de lesa religion Herodes al derribar el templo de Zorobabel?

— No, puesto que reconstruyó el templo con mayor suntuosidad y magnificencia de la que anteriormente tenia.

— En el supuesto de haber dicho Jesús las palabras que habeis citado (supuesto que desde ahora os niego), ¿por qué pretendéis presentar contra Jesús una acusacion, de la cual acabais de decir que Herodes no se hizo reo?

Los sacerdotes empezaron á murmurar, pero sus murmullos fueron aquietados por un ademan de Ananías, ademan con el cual les indicaba que nada tenian que temer.

Y luego con altanería contestó á Nicodemus:

— Es que Herodes despues de derribar el templo de Zorobabel volviólo á construir.

— ¿Y no decís vos que Jesús prometia reconstruirle en tres dias, erigiéndole no ya de mano de hombres, sino de espíritus superiores, segun se deduce de vuestra declaracion?

Nicodemus apenas pudo terminar sus últimas palabras. El caos trasladó su morada en aquel salon, cuando los jueces inícuos vieron que Ananías no tenia razonablemente nada que contestar á la terminante pregunta del discípulo de Jesucristo.

Nicodemus se hubiera sonreido con desprecio, si el asunto de que se trataba allí no fuera el asunto más grave y criminal, que hayan podido tratar nunca los hombres.

Amenazas, voces insultantes, improperios, ademanes amenazadores, miradas terroríficas, todo se prodigó al fiel y generoso defensor de Jesucristo, pero nada tuvo el poder de intimidarle; nada llevó el miedo al corazon de aquel hombre resuelto á defender la inocencia del Salvador, aun cuando para ello se necesitara perder la vida.

Y como Nicodemus hallábase animado por semejante resolucion, en medio del cúmulo de amenazas que en todos tonos y de todas maneras se le dirigian, mantúvose sereno, impávido, tranquilo, como el alcion que descansa en su nido entregado á la furia de las olas, que irritadas por el vendabal amenazan destruir un navío de hierro.

Cuando aquella tempestad se hubo calmado un poco, dirigiéndose al Nasi con inimitable calma, le dijo:

— Como quiera que el testigo resulta á todas luces calumnioso, debo participaros que me doy por satisfecho con las preguntas que le he dirigido.

La voz de Eleazar dejóse oír entonces amenazadora é insultante, como siempre que no decia necedades. Esta voz ofreció á Nicodemus la oportuna ocasion para indicar cuán resuelto se hallaba á seguir desempeñando el magnífico papel que representaba.

— Si tratais de intimidarme con voces y con amenazas, — dijo, — os advierto que es inútil. He resuelto cumplir con mi deber, y lo cumpliré aun cuando sepa que un minuto despues un puñal ha de buscar mi corazon. Sabido esto, señores, podeis ahorraros los tumultos y las amenazas de que me haceis objeto; cumpliré á pesar de todo y de todos mi deber; si despues buscáis una nueva víctima, me encontraréis dispuesto á morir sin hacer resistencia alguna.

Nicodemus dijo esto con grande tranquilidad, pero con gran firmeza. Un murmullo sordo estendióse por el salon, murmullo de despecho, de amenaza, pero que en breve se ahogó, porque comprendieron muchos, que aquello era aumentar las proporciones del triunfo del santo discípulo de Cristo.

Caifás creyóse en la obligacion de decir á Nicodemus

que nada tenia que temer, porque aquellos murmullos, aquellas voces, aquellas injurias no eran motivados por la persona del defensor, sino por la *mala causa* que defendia, y el discípulo de Jesucristo, mirando con desprecio al malvado que le acababa de dirigir la palabra, le dijo:

— Si la causa que defiende es buena ó mala, lo dicen los testigos que hasta ahora se han presentado. Por lo demás, mi vida y mi seguridad me preocupan tan poco, Caifás, que á decirnos la verdad, no me ocupo ni de la una ni de la otra.

Gamaliel, admirado de la noble firmeza de Nicodemus, hubiérale abrazado cordialmente, al mismo tiempo que se echaba en cara su cobardía.

— ¡Oh! — se decia para sus adentros, — si yo hubiese obrado como él, ¡cuán brillante y magnífico seria ahora el papel que desempeñaria!... Ó Nicodemus es una perla que hasta ahora habia permanecido oculta en su concha, ó la escuela de Jesús de Nazareth tiene algo de elevado y divino de que las nuestras carecen; algo que se parece á lo que dicen las sagradas Letras, esto es, que *hace de las piedras hijos de Abraham*.

Y Gamaliel quedóse mirando con envidia á Nicodemus, á quien correspondian magníficamente las dos distinciones que el Nasi acababa de hacer, ocupándose de él y de la doctrina salvadora de Jesucristo.

Mientras tanto, Achazías, temblando y agitado presentóse delante de la presidencia para deponer, mientras que Caifás meditaba la manera mas fácil de llegar á una conclusion por la que pudieran condenar á Cristo, sin necesidad de recurrir á los testimonios de los testigos, puesto que todos resultaran falsos, á pesar de los esfuerzos que Anás y Onkelos hicieran para impedirlo.

Y en estas meditaciones hallábase ocupado, mientras que Achazías daba con disgusto su declaracion, al fin de la cual Nicodemus dijo:

— Como la declaracion es la misma que la anterior, y habiendo esta resultado notoriamente calumniosa, no quiero cansar al Sanhedrin haciendo objeto de mis preguntas á un falso testigo.

— No se me ha convencido de falsedad; mirad pues lo que decís.

— Si ha resultado falsa la acusacion de vuestro compañero; si la vuestra es idénticamente igual á la suya, ¿cómo puede ser que la de Ananías sea falsa y la de Achazías verdadera, cuando una y otra son enteramente iguales?

— He dicho la verdad, — observó Achazías con altanería.

Nicodemus sonrió ligeramente y dijo:

— Un solo testigo es como si no existiera para el tribunal de Israel. No quiero por otra parte tomarme el trabajo de preguntaros, puesto que el Sanhedrin ya sabe á qué atenerse en lo que toca á vuestra declaracion.

Achazías se hallaba desesperado, y viéndose corrido de aquel modo, maldecia cuanto hay que maldecir en los cielos, en la tierra y en los abismos. Ya recordarán nuestros amables lectores cuán celoso se mostrara antes de *su honor* y de *su fama*; juzguen pues de su despecho ahora, al considerar pisoteados por el desprecio de Nicodemus, á la vista de los jueces de la nacion hebrea, aquella *fama* y *honor* tan ponderados.

Y tornó á su asiento, medio loco, medio rabioso, sin osar levantar los ojos del suelo, y temiendo las miradas que los circunstantes le dirigian.